



gen suya. No crió más que uno, para hacer notar la unidad. A este primer hombre unió una compañera formada de su misma carne y de sus primeros huesos.

A estos dos primeros seres reveló Dios lo que les era bueno y conveniente saber acerca del origen del mundo. Uno de sus descendientes en vigésimo-quinto grado, pero que no estaba separado de ellos más que por seis personas intermediarias, de las cuales cada una vivió un gran número de años con la precedente, nos ha conservado la Historia escrita, y su narración concuerda con las antiguas tradiciones de los pueblos. Este hombre es Moisés; y á él debe la raza humana conocer su verdadera historia con certidumbre. Oigamos lo que nos dice acerca de Dios y de nuestros primeros padres:

«En el principio crió Dios el cielo y la tierra.

»Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo; y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.

»Y dijo Dios: Sea hecha la luz. Y fué hecha la luz. Y vió Dios la luz que era buena. Y separó á la luz de las tinieblas. Y llamó á la luz día, y á las tinieblas noche. Y fué la tarde y la mañana un día.

»Dijo también Dios: Sea hecho el firmamento en medio de las aguas; y divida aguas de aguas. Y hizo Dios el firmamento; y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento: Y fué hecho así. Y llamó Dios al firmamento, cielo. Y fué la tarde y la mañana el día segundo.

»Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar; y descúbrase la seca. Y fué hecho así. Y llamó Dios á la seca, Tierra; y á las congregaciones de las aguas llamó Mares. Y vió Dios que era bueno.

»Y dijo: Produzca la tierra yerba verde, y que haga simiente, y árbol de fruta que dé fruto según su género, cuya simiente esté en él mismo sobre la tierra. Y fué hecho así. Y produjo la tierra yerba verde, y que hace simiente según su género, y árbol que da fruto, y que cada uno tiene simientes según su especie. Y vió Dios que era bueno. Y fué la tarde y la mañana el día tercero.

»Dijo también Dios: Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo, y separen el día y la noche, y sean para señales, y tiempos, y días, y años: Para que luzcan en el firmamento del cielo, y alumbren la tierra. Y fué hecho así. E hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor, para que presidiese el día; y la lumbrera menor, para que presidiese la noche: y las estrellas. Y puso las en el firmamento del cielo, para que luciesen sobre la tierra, y para que presidiesen al día y á la noche, y separasen la luz y las tinieblas. Y vió Dios que era bueno. Y fué la tarde y la mañana el día cuarto.

»Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente, y ave que vuele sobre la tierra debajo del firmamento del cielo. Y crió Dios las grandes ballenas, y toda ánima que vive y se mueve, que produjeron las aguas según sus especies, y toda ave que vuela según su género. Y vió Dios que era bueno. Y los bendijo, diciendo: Creced y multiplicaos, y henchid las aguas de la mar: y las aves multiplíquense sobre la tierra. Y fué la tarde y la mañana el día quinto.

»Dijo también Dios: Produzca la tierra ánima viviente en su género, bestias, y reptiles, y animales de la tierra, según sus especies. Y fué hecho así. E hizo Dios los animales de la tierra según sus especies, y las bestias y todo reptil de la tierra en su género. Y vió Dios que era bueno.

»Y dijo: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra. Y crió Dios al hombre á su imagen: á imagen de Dios lo crió: macho y hembra los crió. Y bendijolos Dios, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sojuzgadla; y tened señorío sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: Ved que os he dado toda yerba que produce simiente sobre la tierra, y todos los árboles que tienen en sí mismos la simiente de su género, para que os sirvan de alimento: Y á todos los animales de la tierra, y á todas las aves del



cielo, y á todos los que se mueven sobre la tierra, y en los que hay ánima viviente, para que tengan que comer. Y fué hecho así. Y vió Dios todas las cosas que había hecho: y eran muy buenas. Y fué la tarde y la mañana del día sexto (1).

»Fueron, pues, acabados los cielos, y la tierra, y todo el ornamento de ellos.

»Y acabó Dios el día sétimo su obra, que había hecho; y reposó el día sétimo de toda la obra, que había hecho. Y bendijo al día sétimo; y santificólo, porque en él reposó de toda su obra, que crió Dios para hacer.

»Estos son los orígenes del cielo y de la tierra, cuando fueron criados en el día, en que hizo el Señor Dios el cielo y la tierra (2).»

De este modo Moisés, narrándonos la creación del mundo, ha reasumido la revelación divina y la tradición humana. Para comprender mejor esta sublime narración, oigamos la interpretación universal.

¿De qué ha hecho Dios el mundo?

En un pasaje de la Sagrada Escritura encontramos que la poderosa mano de Dios ha criado el mundo de una materia informe (3); en otra parte, que ha hecho el cielo y la tierra de la nada (4). Ambas afirmaciones son verdaderas.

En efecto: según hemos visto, la tierra era informe, invisible, confusa, y las tinieblas cubrían la faz del abismo. Este caos, esta materia confundida y este desorden, es el que se ha conservado por tradición en el género humano, y aún se descubre en los más antiguos poetas, pues no otra cosa quieren decir esas tinieblas, ese abismo inmenso de que estaba cubierta la tierra; y Dios formó de ese caos primitivo, esta armonía, ese admirable orden que llamamos mundo.

Mas la materia informe fué hecha asimismo por Dios; de suerte, que podemos decir con Tales (5) y con el príncipe de los apóstoles (6),

(1) Génesis, cap. I.

(2) Id., cap. II, v. 1-4.

(3) Sap., c. 11, 17.

(4) Mach., 7, 28.

(5) Cícero. *De nat. deor.*, l. I, n. 10.

(6) Pet., 3, 5.

que Dios ha producido del agua ó del caos todo nuestro mundo; y también, con la madre de los macabeos, que Dios ha hecho de la nada el cielo y la tierra: él dijo, y fueron hechas todas las cosas; él mandó, y fueron criadas: *Ipsé dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt.*

Habiendo agotado Dios en sí mismo, por decirlo así, su infinita fecundidad por la generación del Hijo y la producción del Espíritu-Santo, no tenía necesidad de producir otros seres diferentes de él mismo, que no serán nunca sino imágenes imperfectas de su perfección infinita; y si las produjo, fué por su libérrima y simple bondad, no de su sustancia, ni de una materia preexistente, sino por un acto todo poderoso de su voluntad, que hace existir lo que no existe, y en el grado que le place.

Apoyados en esta doctrina, que es la católica respecto á la creación, y bajo la base de esta idea de Dios y de las criaturas, que comparadas con él no son nada, podemos responder á esta pregunta: ¿Cuándo ha criado Dios el mundo?

En Dios no existen épocas, ni tiempo, ni cuándo; no hay tampoco ni pasado ni porvenir, sino un indivisible y único presente: la eternidad. Para el hombre que pasa del no ser al ser, de un estado á otro, y mide su pasajera existencia por el curso del sol y de la luna, existe únicamente el antes y despues, el cuándo. Si de aquí se pregunta: ¿Cuándo Dios ha criado el hombre? La respuesta será: «Entre el primer, Adam, y el segundo, ó Jesucristo, se cuentan de cuatro á seis mil años ó revoluciones solares.

Pero de todas las criaturas, figura en último término el hombre. Lo que precede á su creación no entra en la cronología humana: tal como la creación primitiva de la materia, la duración del caos, la producción de la luz, la formación de los mares, el desecamiento de la tierra, la aparición del sol, de la luna, de las estrellas, de las plantas, de los animales.

El tiempo empezó con la primera criatura, porque con ella hubo cambio y sucesión del no ser al ser, de un estado á otro; y Dios, sin salir de su eternidad, ha criado el mundo temporal ó mudable. *El tiempo es de este mundo,*





dice San Ambrosio, *pero no antes del mundo*. Antes del hombre ha podido haber mucho tiempo y aun muchos tiempos; pero como no tenemos medida alguna bien determinada y conocida, nada podemos decir con certidumbre.

Es cierto que en la historia de la creación se distinguen tres épocas; pero estas, llamadas días, ¿eran de los días humanos ó de veinticuatro horas? ¿ó son, por el contrario, períodos de tiempo cuya duración se ignora, y que por tanto pueden suponerse más ó menos largos? «De qué naturaleza sean estos días, dice San Agustín, nos es muy difícil y aun imposible imaginarlo (1).»

¿Dónde comienza el primer día de esta creación? ¿no es sino con la aparición de la luz? Muchos así lo creen. Bossuet dice: «La creación del cielo y de la tierra, y de toda esta masa informe que hemos visto en las primeras palabras de Moisés, ha precedido á los seis días, que no empiezan sino con la creación de la luz (2).»

Nada dice Moisés tampoco acerca de si existía el estado informe de la tierra, como disuelta en las aguas, en la primera creación; ó bien si era una destrucción de alguna cosa anterior. Lo que hay de notable en esto, es que Jeremías se vale de las mismas expresiones que Moisés para describir el primitivo caos de la tierra, con motivo de pintar la desolación de la Judea (3).

Otra duda existe sobre la época de la creación del mundo invisible, no mencionada expresamente en la historia de los seis días. Se cree comunmente, apoyándose en opiniones respetables, que es anterior á la creación del mundo material, y comprendida sin duda en el primer versículo del Génesis.

Cuando hablamos de mundos, nos referimos á las distintas reuniones de globos celestes, tal como el sol, que forma uno con los planetas que le acompañan. Según Copérnico, el sol ocupa el centro de este sistema planetario, girando sobre sí mismo en veinticinco días y medio. Al rededor de este astro, un millón tres-

(1) *De civit.*, l. 11, c. 6.

(2) *Cinquieme elevation*.

(3) *Jerem.*, 4, 23.

cientas treinta y siete mil veces mayor que la tierra, giran diferentes planetas en variedad de tiempos y distancias. La más próxima al sol, es de más de trece millones de leguas; la más remota, es mayor de seiscientos sesenta y dos millones de leguas: aquella verifica su revolución al rededor del sol en ochenta y siete días; esta en ochenta y cuatro años. Los antiguos no conocían más que siete de estos planetas; desde hace cincuenta años, con la perfección de los telescopios, se han descubierto otros varios. La tierra gira sobre sí misma en veinticuatro horas. Cuatro de estos planetas tienen á su vez otros planetas secundarios, que los acompañan girando en su rededor, como la luna respecto de la tierra. Al presente, se cuentan diez y ocho de estos planetas subalternos ó satélites, que con los principales forman un cuerpo de ejército, cuyo jefe es el sol.

Se llaman estrellas fijas á las que conservan siempre la misma posición, y son casi innumerables. La vía láctea, que rodea el cielo como una faja, parece no ser en gran parte más que una agregación continuada de estrellas tan pequeñas ó tan distantes, que no se las puede distinguir sino con telescopios de gran fuerza. La distancia que media entre la tierra y las estrellas fijas, es hasta el presente incalculable.

Este infinito número de astros están coordinados al mismo fin, no forman más que el mundo universal. Este fin es manifestar la gloria, la grandeza y el poder de Dios á sus criaturas inteligentes. Se ha llegado á creer que del mismo modo que los planetas secundarios están subordinados á los planetas principales, y estos al sol, las estrellas fijas ó soles lo están entre sí, y que todos estos mundos solares que ruedan por el espacio infinito ejecutan una inmensa armonía en alabanza de su Criador.

En cuanto á Moisés, después de habernos dicho en general, que, *en el principio, Dios crió el cielo*, se limita á la tierra y á lo que se relaciona con ella.

La tierra era, pues, informe, invisible, sumergida y como disuelta en un tenebroso abismo.



Consideremos ahora lo que ha hecho de esta masa confusa el Altísimo, y su Verbo, esta sabiduría eterna que llenaba el universo, y su espíritu que se cernía sobre las aguas; y que un comentador apreciable de las Escrituras nos representa como esta alma del mundo, reconocida por Platon y cantada por Virgilio (1).

Ahora bien: ¿sobre qué ha colocado Dios á la tierra? Job respondía ya antes de Moisés: *ha suspendido la tierra sobre la nada* (2). Esta respuesta, que apenas podía concebir la imaginación, ha venido á ser confirmada por la experiencia; desde que los modernos navegantes han dado vuelta á la tierra, todo el mundo sabe que no está apoyada sobre nada, sino que está aislada en el espacio.

¿Mas como se sostiene en medio de los aires? David decía á Dios: *habeis fundado la tierra sobre una base que le es propia* (3), pero que parece al mismo tiempo comun á todos los cuerpos celestes. ¿Qué base es esta propia y comun? Es algo parecida á la que une á toda la Iglesia católica y la sostiene sin ningun apoyo visible. Todos y cada uno amamos á Dios sobre todas las cosas, y este amor nos une á todos con Dios, y á Dios con todos nosotros.

Quitado este atractivo, esta caridad, todo se desune, todo se descompone, todo se destruye: humanidad, patria, familia, y aun el mismo individuo. Esta será un inmenso caos, tal como lo sería también la tierra.

Esta tierra así desunida, confusa, disuelta en el abismo, fué hecha una, compacta y sólida, porque Dios la dió su centro de unidad material, humanamente inexplicable, que atrae todo en rededor suyo. Desde entonces, los elementos terrestres diseminados en el agua, se han unido al centro y se unen continuamente. Lo que se llama peso, no es más que la fuerza, la violencia con que es atraído. Por todas partes la tierra pesa así sobre ella misma; por todas partes tiende á su propio centro; de esta suerte se sostiene en medio del espacio.

(1) *Corn. á Lap. Spiritus intus allit totamque infusa per artus mens agitat molem, et magno se corpore miscet. Eneida*, lib VI.

(2) *Job.*, 27, 7.

(3) *Ps.*, 103, 5.

No solamente la tierra ha recibido un centro de atracción que constituye su unidad y su fuerza, sino que cada partícula de materia, por pequeña que sea, atrae igualmente á la otra á su alrededor, sobre todo á las que le son parecidas. Se sabe con qué fuerza las partes de una piedra, de un trozo de madera, se juntan estrechamente unas con otras: dos gotas de agua, colocadas una al lado de la otra, se atraen recíprocamente, se unen de manera que no pueden ser distinguidas. Todo el mundo conoce estos hechos; los sábios llamarán á esta causa *afinidad, fuerza de cohesión*; ¿pero en qué consiste? lo ignoran. Este es un misterio, como la caridad que une los corazones.

No es esto todo. Dos gotas de agua se atraen la una á la otra; parece ser que esto se verifica también entre dos astros. El sol atrae la tierra, la tierra atrae el sol, y así el resto del universo. Como de la Iglesia que está en el cielo, de la Iglesia que está sobre la tierra y de la Iglesia que está en el lugar intermedio de la expiación, se constituye una sola Iglesia por la caridad; así también, de todas las estrellas, de todos los planetas, de todos los mundos solares, la atracción forma un solo mundo.

Aunque cada uno de los cuerpos celestes se atraen los unos á los otros, no se aproximan sin embargo hasta confundirse en una masa. Dios lo ha hecho todo con su número, peso y medida. En la Iglesia católica, la caridad recíproca que los fieles tienen entre sí, no les impide á cada uno tener su actividad propia, que Dios les ha dado igualmente. En el universo material, la atracción recíproca que los cuerpos ejercen los unos sobre los otros, no les impide tener cada uno su movimiento propio, que Dios les ha comunicado igualmente. El sol se mueve sobre sí mismo, la tierra y los demás planetas giran sobre sí propios, y al mismo tiempo al rededor del sol.

En la Iglesia, la actividad propia de cada uno se combina con la caridad universal, que le anima y la temple. En el universo, el movimiento propio de cada cuerpo celeste se combina con la atracción universal, que le anima y le temple. Y aquí como allí, este medio produce la unidad en la variedad.





Cuando Dios la imprimió el movimiento de rotación sobre sí misma, la tierra estaba blanda y como líquida. Lo que explica, de una manera natural, una particularidad descubierta por la ciencia moderna; tal es el aplastamiento de las dos extremidades sobre las cuales gira, ó los polos, y el estar abultada en su parte media, ó el ecuador; resultado inmediato y natural de la fuerza de su rotación y de su estado blando.

Hasta ahora la tierra no existe más que á medias. Sin forma, sumergida en un abismo rodeada de espesas tinieblas, ¿se puede tener más triste morada? Pero escuchemos: sobre nuestra futura mansión, Dios va á pronunciar una palabra, la primera; y esta producirá hasta el fin del mundo lo que hay más grande en la naturaleza. *Y dijo Dios: Sea hecha la luz; y fué hecha la luz. Y vió Dios la luz que era buena.* ¿Quién no ama la luz? Dios la aprobó, porque es una imagen, una sombra de lo que Él es: luz eterna y sin mancha.

¿Pero qué es en sí esta dulce luz que el Señor ha hecho, que todo el mundo ve, y por la que se ve todo el mundo? El mismo Dios preguntó á Job: *¿Sabes tú la morada de la luz y por qué camino ella se difunde* (1)? Después de treinta y cinco siglos, los sábios andan aún buscando la respuesta. No hay nadie que no conozca la luz; y no hay nadie que la conozca. Se saben sus efectos admirables, pero se desconoce su naturaleza. ¡Bella imagen de la luz eterna: la claridad es un misterio!

Esta luz que hizo el primer día, no es la del sol; no lucía aún. Hoy mismo, el sol no es el único receptáculo de la luz. Dios la ha colocado en todas partes: en el pedernal, en la madera, en las semillas, en la grasa de los animales, en la hulla, en el fluido eléctrico esparcido en toda la naturaleza, y que confundido con las nubes, produce el rayo. Dios, por su palabra, hizo salir la luz de las tinieblas. Ahora comienza el primer día para la tierra, porque no hay día sin luz; no era el día del cielo, día sin disminución y sin nubes, porque es el esplendor de Dios mismo.

(1) Job., 38; 19, 24

*Y fué la tarde y la mañana un día*, es decir, una sucesión de la luz y de las tinieblas, del día y de la noche. Esta sucesión continuará hasta el día del Señor, día grande, día terrible, en el que disolverá por el fuego el Universo actual, para hacer nuevos cielos y una nueva tierra (1).

La luz existía, y con ella el calor; porque la luz y el calor parecen los efectos de un mismo principio. Con el calor y la atracción, los diversos elementos, hasta allí confundidos, obraron los unos sobre los otros. Tres series de cuerpos tomaron origen: unos sólidos, otros líquidos y otros de una naturaleza aún más delicada. Los sólidos se dirigieron al centro del globo, los líquidos ocuparon la superficie, y los más sutiles formaron la cubierta (2).

«Dijo también Dios: Sea hecho el firmamento en medio de las aguas; y divida aguas de aguas. E hizo Dios el firmamento; y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento, de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y fué hecho así.»

Y así continúa aún. Este firmamento, esta extensión, esta expansión que envuelve la tierra por todas partes, es la atmósfera, es el aire que respiramos. Todos los días vemos flotar por encima de nuestras cabezas una parte de las aguas en forma de nubes. Entre las dos hay un Océano vaporoso y ligero, donde nosotros vivimos, donde vogan las aves como los peces en el Océano, más compacto y más pesado. Estos no podrían vivir sin el agua, nosotros no podremos vivir sin el aire.

Largo tiempo se ha creído que este era un cuerpo simple, pero se ha descubierto hace unos setenta años que se compone de dos. El uno, que forma un poco más de la quinta parte, alimenta nuestra vida por la respiración y el fuego de nuestros hogares por la combustión; el otro, cuando está solo, mata á la vez completamente la vida y el fuego. La mezcla de los dos compone el aire puro.

El agua, que es la atmósfera de los pesca-

(1) Pet., 3, 10, 13.

(2) Thenard, *Tratado de Química*: del aire atmosférico, núm. 107.



dos, se compone también de dos elementos. El uno, que constituye la tercera parte, es común con el aire, es el mismo elemento que respiramos; el otro, que forma las dos terceras partes, es el gas inflamable que todo el mundo conoce, y que desde hace algún tiempo alumbra las tiendas y las calles de las grandes ciudades. Cuando con este gas se combina esta porción del aire que respiramos, y que forma el otro elemento del agua, resulta una viva luz acompañada de color, y esta combustión da por carbón ó residuo agua pura. Cuando estos dos elementos del agua se combinan súbitamente y en cantidad considerable, producen una masa de luz brillante, acompañada frecuentemente de una fuerte detonación; del mismo modo que se forman en las nubes el trueno, el rayo y el relámpago. Ve aquí cómo la ciencia moderna nos hace comprender todo el sentido de estas palabras de David: *El Señor cambia los rayos en lluvia* (1).

El aire transmite el sonido, con el sonido la palabra, y con la palabra el pensamiento; por este medio los hombres en cierta manera respiran su mútuo pensamiento, y viven una sola vida.

Mensajero fiel de tantas lenguas diversas, que comunican por la palabra el pensamiento del espíritu, el aire es aún el indispensable órgano de una lengua universal, que, por la armonía de los sonidos, comunica los sentimientos del alma, la alegría, la tristeza y la admiración. Lengua maravillosa, que sólo tiene siete palabras ó notas, y que sin embargo expresa todas las afecciones del alma. El Universo entero es una magnífica armonía, donde la divina sabiduría, de un extremo á otro, lo dispone todo con dulzura, número y medida; ella produce en una nota musical el ejército de los cielos.

El aire es atraído hácia el centro de la tierra, de otro modo; es pesado como los demás cuerpos; pero pesa ochocientas veces menos que el agua, porque es ochocientas veces menos compacto. Hay además fluidos más delicados que el aire, y que se elevan como un trozo de

(1) Ps. 134, 7,

corcho sumergido en el agua se remonta á la superficie. Así se ven elevarse en el aire los vapores acuosos, y flotar bajo la forma de nube; fenómeno constante y vulgar, pero que sin embargo la ciencia humana no ha podido explicar aún cómo se sostiene en el espacio aeriforme.

Nada se sabe de cierto sobre la extensión de la atmósfera que nos envuelve. Se cree que tenga quince ó diez y seis leguas, más allá de las cuales existirá un fluido más tenue aún, llamado éter; mas lo que la experiencia enseña, es que cuanto más se asciende se la encuentra más fría, sutil y ligera. A una altura de siete mil metros, cerca de legua y media, no pesa lo bastante sobre el hombre para retener la sangre en sus venas, pues á esta elevación le sucede lo que al pez acostumbrado á vivir en las profundidades del mar: que parece cuando se le coloca en la superficie.

Ordinariamente se distinguen tres regiones en la atmósfera: la región inferior, donde vuelan las aves; la región media, donde flotan las nubes; la región superior, de más allá de ellas. En el lenguaje de la Escritura, y en el lenguaje común, estas tres regiones se llaman igualmente cielo.

El segundo día se había descargado el globo terráqueo de una parte de sus aguas; sin embargo, este globo no aparecía aún. Pero Dios dijo: «Que las aguas que están debajo del cielo se junten en un solo lugar, y aparezca la seca.» Y fué hecho así. Las aguas se reunieron en estos vastos estanques, llamados mares, Océanos, y dejaron en seco lo que ha sido llamado tierra.

Al mismo tiempo que estas grandes y profundas cavidades, se formaron las elevaciones. David nos lo dice. Después de haber dicho que Dios fundó la tierra sobre una base que le es propia, y que los siglos no la removerán, añade: «El abismo de las aguas la cercaba como un manto; las aguas cubrían las montañas. A vuestra amenaza, han huido; al ruido de vuestro trueno, se han corrido. Las montañas se elevan, los valles descienden al lugar que les habeis marcado (1).»

(1) Ps. 103.





Estas aguas, que el Señor ha medido en el hueco de su mano, ocupan sin embargo las dos terceras partes de nuestro globo. Encerradas en las barreras que no se atreven á franquear, debian naturalmente corromperse é infectar el Universo. Dios lo ha previsto. Estas aguas, no se sabe cómo, se encuentran saladas; y ni las lluvias que frecuentemente caen, ni los rios que sin cesar mezclan sus ondas, no podrán endulzar su amargura. De

y de las tempestades, el furor del mar está en relacion con los límites que el Señor le ha trazado sobre la arena. Se acuerda de la palabra que le ha dicho: *Hasta aquí llegarás, y no pasarás más adelante, y aquí has de quebrar la soberbia de tus ondas* (1).

La tierra de suyo es árida; para que produzca, es necesario regarla. Dios ha encargado esta mision á los vientos y á las tempestades



Pero aún no presentaba más que la materia bruta é inerte. «No existia ningun arbusto, dice Moisés; ninguna planta se elevaba aún en los campos, porque Jehová, Dios, no habia hecho aún llover sobre la tierra, y no estaba aún el hombre para cultivarla, sino que se elevaba un vapor que regaba toda la superficie (1).»

Y Dios dijo: «Produzca la tierra»

que circula por sus ramas, como la sangre en la economía animal, se pone en contacto con el aire atmosférico por los poros de sus hojas, por cuyo medio desprende el oxígeno y aspira el carbono. Sin la luz que reciben del cielo, serian estériles, pálidas, incoloras, insípidas é inodoras. Todo el mundo conoce estos hechos,